



CRISTOBAL RUIZ

A KOREA

(Costa Norte)

Desnuda tú; piedra indócil al trato en erosiones,
a la mercadería del agua,
al lametazo en salmuera del altano,
piedra parida
en una revolución ventral de este planeta.
Opositora al océano; presentaste el pecho duro,
aristado, y golpearon los arietes
de las olas replegándose heridos; supurando
espuma, reorganizando un repetido embate,
una artillera carga
ensordeciendo la mineralogía
rotunda de tu cuerpo.
Piedra irrepitable
de costa edificada en el combate,
piedra destinada a cabecera de rompientes,
a garita, a generala
en condecoraciones de cloruros y sodios;
infinitos.
Volví. He vuelto; emperador de tanta piedra,
a escalar muros, reconocer grietas,
cornisas, a gobernar mi nación
de malpaíses y picones, mi continente
en claroscuros y aguafuertes.
He aquí un apátrida devuelto al camastro
familiar de sus teniques,
revalorando horas al sol,
música en el cataclismo de las olas,
cantando a la piedra
donde sus nalgas se mantienen.

INFANCIA

Nací. Cumplió el planeta su giro
justo y en hípico salto entre las pitas,
las tuneras y las zarzas,
aterricé mi peso en los barracos,
perseguí; a punta de piedra; las gallinas,
jugué con la esmeralda de las uvas.
De las higueras; en húmeda sombra; aprendí
una fisiología de tentativas, la jugosa
escarlata de sus frutos, la adolescente savia
de mis manos, de los nisperos; extraje la dulce
lectura de sus carnes, de las cañas; un cilindro
de azúcar paralelamente hebrado,
desnudo a punta de machete.
Me acostumbré al ácido dolor de los membrillos,
a los senos picudos del vecino limonero,
a regar con manos en estiércol aún caliente
reconociendo la plata dura de la acequia,
el légamo esponjoso, las cantoneras habitadas
por anuros de alabastro.
Pude saborear el aroma del molino, el gofio
recientemente hornado, y a construir hiñeras
doblegábamos las tardes: trasfondo de aljibes;
sometíamos las vergas, y los cálamos,
los resortes, los comederos; para esperar “pintos”,
“palmeros”, “capirotes”, espiar en el borde del estanque
a las alispas.
Amé la púrpura piña: corazón extirpado; incipiente
dentadura platanera, los rolos deslascados
en la rumiante monotonía de los pesebres,
los racimos y el carburo de los almacenes
en catalizador de amarillos madurados.
Nací y llegaron los millos a saberme,
las hortensias, el rojo febril de los geranios,
recibí la topada de las cabras,
el áspero besar de los becerros,
el terciopelo multicolor de los gazapos.
Nací cubierto de tierra las entrañas,
feliz como animal reducto de un pasado
que huye, sin remedio.

